

Las nieves azules

Piotr Bednarski



Las nieves azules

Piotr Bednarski

MALPASO BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES



El jersey de marinero

Estábamos siempre famélicos, íbamos harapientos y llenos de piojos. Nos rapaban el melón al cero con tijeras, no con maquinilla, como formando escalones. Nuestras cabezas parecían pirámides mal construidas. Llevábamos pantalones militares de montar que nos llegaban casi a los sobacos. Cada uno los adaptaba a sus propias necesidades como buenamente podía; nunca los arreglaba una madre, una hermana ni, ¡Dios bendito!, una costurera. Se trataba principalmente de que las piernas tuvieran libertad de movimiento y de que en cualquier momento pudieran cumplir su cometido. Por encima llevábamos un chaquetón guateado, la *fufaika*, el esmoquin soviético para los deportados y exiliados.

Por lo general no percibíamos nuestra miseria, ni tampoco la muerte, omnipresente. Ése era nuestro mundo, nuestra realidad, nuestro día a día. No habíamos conocido otro o lo habíamos olvidado. Lo más importante era apagar el hambre y combatir el frío, esos dos rostros del destino que nos pisaban los talones. Ansiábamos la mayoría de edad. Morir de un balazo, no de hambre o frío: de hecho, eso era lo que nos mantenía con vida empujándonos a esfuerzos sobrehumanos.

Aunque la realidad era cruel, peor que la de los hombres cavernarios, estábamos bien porque no conocíamos el bienestar. Casi nadie hablaba del pasado. Y si alguno de los abuelos europeos se emocionaba y empezaba a contar historias de un país civilizado, lo escuchábamos como si fueran cuentos. Si lograba despertar nuestra imaginación recibía de nosotros el honorable apelativo de chamán y, de vez en cuando, lo visitábamos para

humanizarnos. Pero cada vez había menos abuelos, especialmente europeos, y con ellos también desaparecía Europa.

No había deliciosas tentaciones que nos pudieran acometer. Sólo teníamos la vida, esa pequeña llama del cielo en la tierra, delicada y sutil, expuesta al aliento de los tiempos de acero. Todo se había confabulado contra la vida, contra nuestra vida en concreto.

La mayoría eran desplazados: yo, deportado. Pero sólo los órganos del NKVD conocían la diferencia entre los unos y los otros. Nadie sabía cuáles eran sus derechos. Y nadie lo preguntaba por miedo a acabar en un campo.

Eso me intrigaba. No conseguía adivinar la diferencia entre los presos del campo, los deportados y los guardianes: de ahí que en cierta ocasión, sin pensar en los riesgos, preguntase en la calle al mandamás del NKVD por qué los soldados vigilaban a los prisioneros del campo pero no a nosotros, los estudiantes... Y es que el ochenta por ciento de nuestro grupo (incluido yo) estaba formado por hijos de *enemigos del pueblo trabajador*.

Seguramente estaba de buen humor, o quizá había bebido cien gramos de *samogon*¹ de un solo trago, porque me despeinó un poco el pelo e, inclinándose, respondió:

—Ellos son más importantes. Además, siempre huyen.

—Pero ¿adónde? Si de aquí no se puede huir...

—También lo saben, pero quieren morir en libertad. Les parece que la libertad comienza una vez traspasadas las puertas. ¡Serán cretinos!

Le rechinaron los dientes y se fue.

A partir de aquella charla todos los prisioneros del campo me parecían sacerdotes de un dios desconocido. Sacerdotes porque, aun teniendo menos futuro que yo, sus corazones eran más inabarcables.

Repetí a los chicos la conversación con el delegado del NKVD. Mis palabras los dejaron perplejos.

1. Aguardiente casero. (*Todas las notas son de la traductora.*)

—Son mejores que nosotros —murmuró Izaak Goldman, de Odesa—. De acuerdo. Pero ¿quién es peor que nosotros?

—No podemos discutir sobre eso —se oyó decir al coreano Kim, que era de pocas palabras y a duras penas conseguía expresarse—. No somos dignos. Además, ninguno de nosotros tiene siquiera un jersey de marinero. Ni vivo ni muerto encontrarás a alguien peor que nosotros.

Eso era verdad. Una verdad pura y dura como la porcelana china. Éramos a la vez parias y jenizaros: la arcilla que modelaba Stalin con su don de bruto primitivo. Aquello me horrorizó. Me juré en lo más íntimo que conseguiría un jersey de marinero costara lo que costase. Sobre todo porque a Stalin no le gustaban los marinos. Me lo había dicho Bella. Bella era mi madre y toda una autoridad en nuestra compañía: lo que venía de su corazón era sagrado para nosotros. En uno de esos momentos de sinceridad que da el alcohol, Bella me había susurrado al oído que Stalin detestaba a los marineros pese a la entereza de los muchos que habían participado en la revolución; que, en general, odiaba a la gente y sólo le gustaban los aviones. Le recordaban a los ángeles, unos serafines privados que surcaban el cielo divino al que había traicionado dándole la espalda ya en sus tiempos de seminarista. Los aviones atenuaban su mala conciencia. El vodka y los aviones. Aun así las pesadillas lo consumían hasta el punto de hacerle probar su propia medicina. Ni el vodka ni los aviones podían ayudarlo.

Yo quería ser aviador y esa información no me disuadía, si acaso lo deseaba con más ansia. Mi intención era ser un ángel del Señor, ser aviador en el futuro, pero en el presente debía hacerme con un jersey de marinero. Aquel sueño me consumía desde siempre. Pero desde el momento en que Kim señaló que sin el jersey de marinero no teníamos derecho a debatir sobre algo tan elevado como la muerte, conseguir aquella prenda a rayas se convirtió en mi «ser o no ser». Aún no sabía que si una persona desea algo con todas sus fuerzas, en lo más hondo de sí mismo,

si cree que de no cumplirse ese deseo vendrá la muerte y ya no habrá remedio, entonces ocurre un milagro. Sin saber cómo dará con algo que le permita realizar su sueño.

¿Acaso no puede llamarse milagro al hecho de que yo, que nunca encontraba nada, que, al contrario, lo perdía todo, me convirtiera de repente en propietario de una moneda de oro de diez rublos? ¿No es un milagro que precisamente estuviera solo (yo, que casi nunca iba solo), que caminara campo a través, por el prado, por una senda poco frecuentada? Y ahí estaba la moneda, impecable, en ese sendero embarrado, como si alguien acabara de extraviarla o abandonarla para que yo la pudiera encontrar. Recogí el dorado prodigio; incrédulo, lo lancé al aire un par de veces antes de echar a correr hacia la estación. Fue un acto reflejo.

En los momentos de felicidad o desventura iba siempre a la estación. Ése era mi santuario. Allí siempre había gente que se dirigía a alguna parte. Allí podía hallar a los acariciados por la diabólica mano de Stalin. La estación me convencía de que Satán no era ninguna superstición, sino un ser real. En la estación me topaba con ángeles y demonios continuamente. Aquella vez tampoco me privó de ese placer.

—¡Oh, Pietia, cuánto tiempo! —Kosykh, el inquisidor de nuestra aldea, el delegado principal del NKVD, me manifestó su buena voluntad efusivamente—. ¿Cómo está Bella?

—Quiere a los demás —repliqué insolente—. ¡Por eso es Bella!

—¿Y no soy yo una persona? —preguntó ya en voz baja, agarrándome el hombro con fuerza hasta hacerme daño—. ¡Dime!

—No lo sé —respondí apartando violentamente el brazo.

Kosykh se había enamorado perdidamente de mi madre. Fue amor a primera vista, pero no correspondido. En su mano estaba enviarnos al campo, pero se lo impedía el corazón. Aunque, cuando bebía, juraba que nos mandaría a donde el diablo da las buenas noches.

—Vale, vale —gruñó conciliador—. ¿Dónde vas tan corriendo?

—A comprar un jersey de marinero.

—Pero ¡qué gente! —bufó mirándome a los ojos—. Siempre quieren lo que no existe. Ven en todo momento lo que otros no son capaces de ver. Eres igual que tu madre —hizo un gesto resignado y me dio la espalda diciendo por encima del hombro—: Encárgale el jersey al maquinista o al revisor del expreso de Vladivostok. Justo ahora está parado en el andén.

Ésa sí que era una idea. Me dio hasta vergüenza no haber caído en ella y que fuera el diablo mismo quien me la sugiriese. Pero qué se le va a hacer, ellos siempre son más listos e ingeniosos que las personas normales. Corrí hacia el andén. Rodeé todo el tren. En vano: ni rastro del revisor. Así que me acerqué al maquinista, que reparaba algo en el interior de la caldera. Esperé a que acabara. Como si hubiera notado mi mirada insistente, se levantó y se acercó a mí.

—¿Qué te cuentas, valiente? Desembucha.

—Tito,² ¿me podrías comprar un jersey de marinero... en Vladivostok? —le pregunté con timidez—. Es cuestión de vida o muerte —añadí para subrayar la importancia de mi petición.

—Pero... ¿tienes idea de lo que cuesta un jersey hoy en día? Ahora todo vale su peso en oro. Por no hablar de un jersey de marinero. ¿Sabes lo que estás pidiendo?

—Lo sé —contesté—. Soy polaco...

—¡Anda! Conque eres un águila.³ Lo que son las cosas. Conozco a los polacos, estuve en la guerra del 20. ¡Qué vida esta! —suspiró—. De acuerdo, ¿y qué me das para que compre el jersey?

—Puede que baste con esto —le enseñé la moneda de diez rublos.

2. Los niños rusos suelen emplear el diminutivo de «tío» para dirigirse a los adultos desconocidos.

3. En el escudo de Polonia figura un águila blanca.

Nada más verla se la escondió en el bolsillo del pecho.

—No es gran cosa —comentó en tono renuente—. No es mucho, la verdad.

—Es todo lo que tengo —extendí las manos con un gesto implorante—, y además me la encontré.

—¿Qué voy a hacer contigo? Bueno, vale, lo intentaré.

Sacó un lápiz y, sobre una página del periódico que usaba para liar cigarrillos, escribió la fecha y la hora de su vuelta.

—El martes que viene a las 20:45. No lo olvides.

—Inténtalo, por favor, tito.

El maquinista era alto y delgado; su cara, surcada por las arrugas, resplandecía de bondad. Tenía los ojos de un azul intenso, como el cielo en verano. Fueron precisamente sus ojos los que me dieron una idea.

—Si lo compras te enseñaré algo... —añadí misteriosamente.

—A ver, ¿qué me vas a enseñar?

—La belleza, tito. Si lo compras, no lo lamentarás.

—¿La belleza? —se extrañó—. ¡La belleza! Has dicho que me mostrarás la belleza —murmuró con aquella incontenible nostalgia rusa encerrada en la cadencia de su voz—. Qué tiempos aquellos en que cantaba y bailaba... la belleza —finalmente, se recuperó—. Vale, de acuerdo, pero lárgate, que aún no me he comido la sopa. No te olvides de la fecha y recuerda tu promesa.

Desde entonces sé qué es anhelar algo desesperadamente. No sabía qué hacer. Me venían a la cabeza todo tipo de disparates y fantasías. Me volví tan trabajador y solícito que hasta mis amigos sospecharon que había cometido alguna fechoría. También Bella advirtió el cambio operado en mí y, llegado el momento, me puso contra las cuerdas:

—¿Qué tienes en la conciencia? ¡Dilo!

—Te lo diré, pero ponte guapa y ven conmigo. Te lo pido por favor.

Me quité un buen peso de encima. Se había resuelto el pro-

blema. Durante todo ese tiempo me había preocupado innecesariamente de cómo iba a convencer a Bella para que fuera a la estación. Retrasé el ruego hasta el último momento. Y de repente un nuevo milagro. Me había cansado de esperar y ahora me sentía aliviado. Me lancé al cuello de mi madre. Pronto estuvo lista para salir. ¡Qué maravillosa era Bella!

Cuando entramos en la estación ya había llegado el expreso de Vladivostok. Y cuando llega un tren el andén cobra vida. Lentamente nos abrimos paso, no sin dificultad, por entre la muchedumbre vibrante y vocinglera en dirección a la locomotora. En cuanto vi al maquinista le pedí a mi madre que esperara y eché a correr.

El maquinista sonrió al verme.

— Buenas — dijo tranquilamente —, ¿dónde está la belleza?

— ¿Tienes el jersey?

— Claro que lo tengo — desapareció un momento para aparecer de nuevo con un hatillo en la mano —. ¡Mira!

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo.

— ¡Baja de la locomotora! — grité, y volví corriendo a por mi madre.

— Aquí tienes la belleza — dije señalándola cuando regresamos junto al maquinista.

— ¿Qué pasa, chicos? — preguntó ella.

— Secreto de Estado — contesté sin disimular una sonrisa.

El ferroviario se quedó pasmado, con los ojos inmóviles y unas cejas arqueadas que no querían bajar.

— ¡Dios mío! — susurró sin poderlo evitar, y acto seguido tomó la mano de mi madre y apretó su rostro contra ella.

Al cabo de un momento volvió en sí e hizo una inclinación galante. Por fin le besó ambas manos a Bella.

— Luché contra Pilsudski y sé cómo tratar a una polaca. Te lo agradezco, gracias, hijo — se volvió hacia mí dándome el hatillo—. A ti también te doy las gracias — de nuevo miró a mi madre—. Bueno, tengo que irme, salimos enseguida. ¡Hasta la vis-

ta! Una vez más, gracias, hijo —me levantó y me estrechó con fuerza a la altura del pecho.

—Ya pasó —Bella me acarició la cabeza dulcemente—. Sécate esas lágrimas que nos vamos a casa. Pero debes ser siempre salado, porque la sal es lo que les da sabor a las cosas.

—Seré salado —dije asintiendo a esas extrañas palabras.

En la escuela, naturalmente, causé sensación. Cuando colgué la *fufaika* en el perchero y marché en dirección al aula, un zumbido recorrió el pasillo. Cada clase, cada recreo era un hervidero. Y mis amigos no me dejaban ni a sol ni a sombra. Kim tocó el jersey con mucho cuidado y dijo:

—Ahora ya podemos debatir cualquier cosa. Ahora hasta tenemos derecho a ser filósofos.

Después de las clases fuimos al prado a jugar al *palant*.⁴ Mientras descansábamos me di cuenta de que estaba entre nosotros Kolya Dovzhenko, un chico del orfanato. Había aparecido en nuestra aldea unos meses antes. Tenía a sus padres en un campo. A él, por obstinado, lo expulsaban de todas partes e iba de un lado a otro. No quería renegar de sus padres y denunciarlos como enemigos del pueblo. No servían de nada ni las amenazas ni los ruegos. Ya no le hacía falta ni escribirlo, bastaba con que firmase el documento rutinario. Pero él seguía negándose repitiendo una y otra vez que no sabía trazar las letras.

Reparé en Kolya cuando se sentó de forma que me fijara en él. Le hice un guiño cómplice. Poco después se sentó a mi lado. Noté que quería algo. Cuando alguien del orfanato se presentaba ante nosotros, los deportados, siempre tenía una petición en mente.

—Habla, Kolya. No seas tímido.

—Es que... No sé... —repuso inseguro.

—Sin miedo.

4. Deporte eslavo similar al béisbol o al lacros: se disputa entre dos equipos que golpean con un palo una pelota de goma.

—Te vas a reír —añadió al instante—. Quiero que me prestes el jersey de marinero durante diez minutos. Me lo pongo, me siento a tu lado y enseguida te lo devuelvo.

Había tanto sufrimiento en la voz de Kolya y su deseo era tan cercano a mi corazón que sentí cómo me asomaban las lágrimas. Incliné la cabeza para evitar que él, casualmente, viera la sal humana. Ambos nos quedamos quietos en silencio.

—Bien, Kolya —respondí luego quitándome el jersey; cuando se lo puso le di unas palmadas en la espalda y añadí ásperamente—: Te lo doy, es para ti.

—¿Qué pasa? ¿Tienes otro?

—No —contesté—, no tengo otro, pero quiero que te dé suerte.

Me puse la *fufaika* y me fui a casa. De camino me sentía como se debe de sentir un perro que, después de una larga escapada, encuentra por fin a su amo.



El Sermón de la Montaña

Aquel día mi madre llegó más tarde que de costumbre. Pensé que un nuevo inválido, uno más, había regresado del frente y que habían invitado a Bella al baile de bienvenida rociado con *samogon*. La guerra y el campo estaban a pleno rendimiento, así que esos bailes se celebraban sin parar. La belleza de mi madre, su tacto, su optimismo y su carácter, generoso en el humor, habían creado tal leyenda que su presencia en los bailes era indispensable. Todos iban al hospital donde trabajaba y se la llevaban. Bella no los rechazaba. Amaba la alegría, sobre todo esa alegría que se expresa entre risas y lágrimas.

Pero me equivoqué. Mi madre no había ido a un baile. La expresión de su cara me lo dijo. El rostro de Bella irradiaba alegría, sólo que de una forma distinta a la acostumbrada. Aquélla era una alegría matizada por algo inexpresable.

—Ahora tenemos la palabra de Dios en casa —dijo con un susurro jovial, y sacó de una bolsa un leño de alerce como los que yo echaba a diario a nuestra estufa—. No pienses que me he vuelto loca —añadió al ver mi mueca de extrañeza.

Quitó dos clavijas de madera que había a ambos lados del leño y éste se abrió. En el interior, dentro de la cavidad, yacía un libro cubierto de piel. Lo sacó, lo besó y yo también lo besé. Juntó después las manos para rezar y me pidió que diera la bendición. Cuando se dio cuenta de que yo no sabía lo que era una bendición ni cómo sonaba, la escribió en una hoja y, al dárme-la, añadió:

—Las mujeres no pueden bendecir. Es un privilegio de los hombres.